

LA HISTORIA INMEDIATA EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Para tratar de apreciar el sitio ocupado por la historia muy contemporánea en la enseñanza y la investigación en los países de la Europa occidental, resulta indispensable proponer , previamente, una delimitación temporal clara de este período terminal de la historia. A este respecto, los criterios más convincentes son, según nosotros, los fundados en los tipos de fuentes. El hecho, para el historiador de lo muy contemporáneo, de poder interrogar testigos - directos o indirectos - de los acontecimientos que estudia, es un hecho capital, que, de una vez, modifica la distancia entre el investigador y el objeto de su investigación, y le permite “ construir” parte de su documentación. Desde entonces hay, sino ruptura, al menos modificación del espíritu y de las prácticas históricas tradicionales. La añadidura de nuevos tipos de fuentes - documentos audiovisuales entre otros- acentúa más aún esta especificidad.

Se plantea, entonces, la cuestión de la denominación de esta área histórica particular, que, actualmente, corresponde, globalmente, al siglo XX. Según los países y los historiadores, difieren las denominaciones. Así, en Gran Bretaña, se usa la expresión de “ Contemporary History”, en Alemania, la de “Zeitgeschichte”; en Francia, se vacila entre la expresión “ Historia del tiempo presente” (la que eligió el principal equipo de investigadores del CNRS que trabaja en este período) e “ Historia inmediata “ a la que hemos adherido. Con toda evidencia, ninguna de estas dos últimas expresiones da plena satisfacción; hablar del Nazismo y de la Segunda guerra mundial como de una “historia del tiempo presente” o de una “ historia inmediata” es poco creíble.

En tales condiciones, parecería más acertado llamar, como en Gran Bretaña, “historia contemporánea” el conjunto del período para el que podemos utilizar testimonios- que cubre en la actualidad la mayor parte del siglo XX - y reservar la expresión de “historia inmediata” para la de los últimos decenios. El cierre de una parte de los archivos públicos (plazo de treinta años en Francia, en el Reino-Unido y en la Comunidad europea) modifica en efecto, un poco, las condiciones de trabajo del historiador ultra-contemporaneísta. Si, según nosotros, no pone en tela de juicio el ejercicio de la función del historiador, acarrea, en cambio, un ajuste de las prácticas que podría justificar una denominación particular de tipo “ historia inmediata “ .

EL ESPACIO OCUPADO POR LA HISTORIA INMEDIATA

En la enseñanza....

En la Europa occidental, el sitio reservado a la historia inmediata en la enseñanza media es muy variable . Esta diversidad se explica en parte por las condiciones de enseñanza de la historia en cada uno de los países. Unas veces asociada a las enseñanzas del idioma materno (Italia,Grecia...)o de la geografía (España, Francia, Irlanda...), otras veces enseñada exclusivamente (Gran-Bretaña, Luxemburgo, Portugal), la Historia forma parte a veces de las asignaturas obligatorias (Italia, Grecia, Dinamarca, Francia), a veces sólo de las facultativas

(Irlanda, Gran-Bretaña, Portugal...) En otros países, las modalidades varían según las regiones (Alemania) y según los ciclos (Irlanda, Gran-Bretaña, Países-Bajos, Portugal...). Dentro de este verdadero patchwork europeo, no resulta fácil circunscribir la sola “historia inmediata”.

Para los cursos de primeros años de enseñanza media la palma, indiscutiblemente, se la llevan Francia, Alemania, Irlanda y Portugal; y los últimos puestos los ocupan Italia, Grecia, Reino Unido, Países-Bajos... En los últimos años de enseñanza media, se distinguen en el primer puesto, Francia, Luxemburgo y Bélgica; en el último, Inglaterra, Italia, Grecia... En resumidas cuentas, la disparidad es muy acentuada; no existe ninguna medida común entre la situación del joven italiano al que enseñan la historia inmediata sólo durante dos o tres meses de los ocho años de su escolaridad, y la del joven bávaro que, desde el final de los primeros años de enseñanza media, se pasa un año estudiando el mundo después de 1945, y, durante los últimos años de enseñanza media, estudia sea la historia de Alemania desde el siglo XIX hasta la época contemporánea, sea una síntesis de temas nacionales e internacionales desde el siglo XVIII.

Entre los países europeos, Francia, donde la historia del tiempo presente es, a la par obligatoria (como, por supuesto, el conjunto de la disciplina histórica) y está muy presente tanto en los primeros como en los últimos años de enseñanza media, se distingue claramente. Es posible interrogarse acerca de las razones de esta “excepcionalidad francesa” (J-P Wytteman) sin olvidar que permanece limitada a la enseñanza media y concierne poco la enseñanza universitaria. Es de suponer entonces que las motivaciones puramente científicas no fueron las solas en intervenir en las decisiones de las autoridades de introducir la historia del tiempo presente en los colegios y en los institutos. Desde el principio del siglo XIX, Napoleón I^{ro} protestaba contra el hecho de que la juventud francesa tenía “ más facilidad para estudiar las guerras púnicas que para conocer la guerra de América que tuvo lugar en 1783” e integraba en el programa de los institutos la historia del período revolucionario y de la “ cuarta dinastía” . Unos sesenta años más tarde , bajo el Segundo Imperio, el ministro de la instrucción pública, Victor Duruy - historiador de formación - manifestaba la misma indignación lamentando que los jóvenes franceses “ muy al tanto de las cosas de Esparta y de Atenas o de Roma (...) ignorasen la sociedad de la cual se hacen miembros activos, su organización, sus necesidades, sus deseos, las grandes leyes que la rigen, y qué espíritu de justicia la anima y la conduce”. y, para que los alumnos conocieran tan bien a Napoleón III^{ro} como a Augusto o a Luis XIV (; referencias significativas !) introducía la historia muy contemporánea en los programas.

A este respecto, el régimen republicano que siguió, le pisó los talones al régimen imperial. Como este último, necesitaba reconocimiento, y, además, deseaba movilizar la opinión en la idea de una guerra de revancha contra Alemania, que permitiría lavar la afrenta de la derrota de 1870, y recuperar las dos provincias francesas perdidas, Alsacia y Lorena. En este enfoque, la enseñanza de la historia más contemporánea en las escuelas, los colegios y los institutos era primordial. Ernest Lavisse, profesor en la Sorbona (1888) , luego director de la Escuela normal superior (1904-1919) hizo todo lo posible para que, desde la escuela primaria, las clases de historia acabaran en “ una enseñanza moral y patriótica” y que, en los institutos, los profesores enseñaran “ el destino (de los pueblos) hasta la última hora”. “No hay examen de bachillerato ,

lamentaba en 1884, en que los examinadores no se dejen llevar por la indignación, al comprobar que unos jóvenes no saben la historia de nuestras derrotas de 1870, no conocen el trazado de nuestras fronteras del Este, han olvidado Metz, o bien le dan Nancy a Alemania” .Más tarde, si se exceptúan algunos cuestionamientos en los años 1920 e inmediatamente después de la Segunda guerra mundial (excepto en lo relativo a la enseñanza técnica más audaz que la enseñanza clásica y moderna), la historia inmediata permanece muy presente en los programas franceses. Este sitio eminente- cuestionado por algunos historiadores como Philippe Joutard que habla entonces de “una tiranía de lo contemporáneo” -lo confirman las reformas de los años 1980, que prevén que, de siete años de escolaridad, colegiales y alumnos de institutos pasan tres años estudiando el período posterior a 1914. Tal consagración debe mucho a la voluntad cada vez más marcada de responsables políticos de oponerse al renacimiento de las doctrinas de la extrema derecha, haciendo conocer bien a las jóvenes generaciones los procesos de la implantación del fascismo y del nazismo, y sus efectos perversos.

...y en la investigación

Paradójicamente , no se observa concordancia estrecha entre el sitio ocupado por la historia inmediata en la enseñanza media y el de la misma asignatura en las universidades y la investigación. Así, Francia, la más adelantada al respecto en los colegios y los institutos , no manifiesta tal adelanto en la enseñanza universitaria, cuando Italia presenta un ejemplo inverso. En cambio, la situación de Alemania y de Gran-Bretaña es más coherente .

Poco abierta a la enseñanza de la historia del tiempo presente en sus colegios y sus institutos, Gran-Bretaña no se mostró más audaz en el sector de la investigación. Anthony Seldon se sorprendía de esta falta de interés muy marcada todavía a finales de los años 80 :” *A deep cloud of inertia hangs over the history establishment in Britain* escribía entonces. *We live in an era of the most exciting and rapid change in the country’s history, yet few of our schoolchildren, history undergraduates, or, dare one say it, university historians, know much about the period, which has witnessed the end of Empire, the birth of the welfare state, the emergence of Britain as a nuclear power, and British accession to the European Economic Community, against a background of a generally declining economy and the attempts of successive Labour and Conservative administrations to find a role for Britain in a changing world. The inattention to such momentous developments indeed appears puzzling*”. En el decenio 80, el Reino Unido sólo contaba con dos cátedras de historia inmediata; muchas universidades seguían sin proponer clases acerca del período posterior a la Segunda guerra mundial, abandonando su estudio a los solos especialistas en ciencia política... La historia del tiempo presente había recibido sin embargo fuertes impulsiones inmediatamente después de los dos conflictos mundiales. Miles de estudios y de sumas de documentos se publicaron durante el intervalo entre las dos guerras , y luego, después de la Segunda guerra mundial, pero sus autores pocas veces eran historiadores profesionales. La liberalización de la legislación relativa a los archivos(leyes de 1958 y de 1967) que condujo a limitar a sólo treinta años el plazo de consulta de los archivos públicos confidenciales, dio, sin embargo, un impulso a la investigación sobre el tiempo presente. Como la creación en Londres, en 1986, de un Instituto de historia inmediata británico, pero no se observó ni unguén entusiasmo en

masa como en Italia y Alemania.

En Alemania, la historia inmediata nació prácticamente *ex-nihilo* en los años posteriores a la Segunda guerra mundial. Hasta entonces, en efecto, los historiadores alemanes habían permanecido “prisioneros, sea de prejuicios conservadores, sea de un miedo profesional hacia temas contemporáneos” . Fue necesario, a la par, el cuestionamiento completo del pasado alemán por la desastrosa aventura nazi, las interpretaciones discutibles de los extranjeros y las interrogaciones lancinantes de la población (“¿ cómo pudo ocurrir todo eso?”) para que los historiadores alemanes de la posguerra aceptaran lanzarse en el estudio del pasado reciente. Después de algunos tests de prueba (como la publicación de *Die deutsche Katastrophe* de Friedrich Meinecke en 1946 y de *Europa und die deutsche Frage*, de Gerhard Ritter en 1947) empezó, a partir del principio de los años cincuenta, una verdadera investigación científica sobre el período de Weimar y el Tercer Reich. Varios factores institucionales y legislativos contribuyeron a este resultado, entre otros la fundación, en Munich, en 1947 por los *Lander* de la zona de ocupación americana de un Instituto de Investigación sobre la política nacional-socialista- que debía transformarse en 1952 en el Instituto de historia inmediata- así como la publicación de las piezas del proceso de Nuremberg y la publicación de documentos diplomáticos a partir de 1957. El recurso a la fuente oral permitió lanzar investigaciones sobre la resistencia al régimen nazi, como la de Hans Rothfels, desde 1948, de Günther Weisenborn (1954) o de Gerhard Ritter (1956) . No escaparon tampoco, como las que se desarrollaron en la misma época sobre la Resistencia francesa, a cierta hagiografía, pero tuvieron el mérito de disociar, en la opinión extranjera, población alemana y miembros del partido nazi.

A partir de finales de los años sesenta, y sobre todo del decenio setenta, la historia inmediata ensanchó su área de investigación al interesarse por el período posterior a la Guerra; la ocupación de los Aliados, la creación de los dos Estados alemanes, y sus relaciones, así como la construcción de la Comunidad europea pasaron a ser en las universidades alemanas - que casi todas crearon una cátedra de historia de nuestro tiempo- objetos de investigación y temas de enseñanza. Estos temas dieron- como los relativos a la historia del Tercer Reich- motivo a debates apasionados, que fueron más allá del medio de los solos historiadores, e interesaron al conjunto de la intelligentsia. La “*zeitgeschichte*” adquirió en el país una “buena fama” hasta el punto de constituir una parte “auténtica” (Norbert Frei) en la historiografía alemana.

Se observan analogías bastante numerosas con la situación de la investigación en historia del tiempo presente en Italia. El derrumbamiento del régimen fascista y el nuevo clima político y cultural de la posguerra modificaron - como en Alemania - las percepciones y desembocaron en una especie de “toma de conciencia” de la historia del tiempo presente (Gaetano Grassi). Pero, este reconocimiento fue, quizá, más lento y más complejo que en Alemania, pues se inscribió en una mutación general de la asignatura histórica. Durante los años cincuenta - setenta , se plantearon simultáneamente las preguntas del ensanche del dominio temático del historiador (el paso de una historia hasta entonces limitada a lo político y al movimiento de las ideas, a una historia que se interesara igualmente por la sociedad y la economía) , de la colaboración con las otras ciencias sociales (sociología, antropología, politología) del uso de algunos de sus conceptos

metodológicos, y, también de la finalidad (estrictamente científica o comprometida) de la función de la historia. El desarrollo de la historia inmediata fue condicionado por la evolución de estos diferentes problemas y se encontró directa o indirectamente implicado en los numerosos debates y polémicas que salpicaron la vida intelectual italiana de ese período.

En esta relación de fuerzas, pudo observarse- como en Francia - una separación marcada entre, por una parte una mayoría del “ establishment” de la historia más bien hostil a la historia inmediata, y por otra una minoría de universitarios así como buena parte de los estudiantes ampliamente favorables. La creación, al principio de los años setenta, de dos revistas - *Storia contemporanea* publicada por Renzo De Felice y *Rivista di storia contemporanea* de Guido Quazza - ilustra bastante bien dicha oposición. El público, por su interés evidente por la historia de su época, constituyó en favor de ésta un lobby eficaz.

Francia se distingue entonces de los demás países europeos por lo antiguo de la práctica de la historia inmediata. Ya se destacaron en ella algunos de sus cronistas medievales (Froissart, Comynnes...) y de sus historiógrafos reales, de los cuales el más famoso y el más destacado fue Voltaire con su *Histoire de Charles XII*, su *Siècle de Louis XIV* o su *Histoire de la guerre de 1741*. En el siglo XIX , el entusiasmo de la opinión culta es evidente; desea intensamente entre otras cosas comprender mejor los grandes trastornos políticos del período: “ En el fondo, señala Alexis de Tocqueville en 1850, sólo las cosas de nuestro tiempo interesan al público y me interesan a mí”. Las revoluciones de 1789 y de 1848, la derrota de 1870, la Commune constituyen temas de predilección y son objeto de varios centenares de publicaciones. Muy pocas las escriben historiadores profesionales; pocas son las publicaciones cuyos autores no caen en la trampa de la subjetividad. Algunas sin embargo se destacan por la inteligencia de las intuiciones y de las interpretaciones, así como por la distancia de los juicios. *L'histoire de la France contemporaine, de la Révolution à la paix de 1919* (9 volúmenes) patrocinada por Ernest Lavisse y dirigida por Charles Seignobos, representa uno de estos logros.

Las dos guerras mundiales suscitan también “ en caliente” una literatura histórica masiva. En esta ganga inconexa y con frecuencia mediocre, se descubren no obstante algunas pepitas como el estudio de Pierre Renouvin sobre *Les origines immédiates de la guerre*, que, desde 1925, propone una lectura muy perspicaz de los acontecimientos, o *L'étrange défaite* de Marc Bloch, a la vez testigo, actor e historiador del desastre francés de 1939-1940. Pero se trata de excepciones. El gremio de historiadores, profundamente marcado aún por los preceptos de la escuela positivista de finales del siglo XIX (culto a los archivos escritos) se muestra globalmente reticente a la práctica de una historia fundada en parte en testimonios orales. Si, en razón de una fuerte demanda social, hace una excepción en cuanto a la historia de la Resistencia, a cuyo respecto se crea una Comisión de historia, desde octubre de 1944, luego un Comité de historia de la guerra (1945), convertido en 1951 en Comité de historia de la Segunda guerra mundial, los universitarios franceses abandonan la historia de su tiempo entre las manos de sus colegas extranjeros (en particular anglosajones) y de los periodistas. La situación parece bloqueada hasta tal punto que un joven universitario, René Rémond, redacta en 1957, en *La Revue française de Science Politique*, un alegato en favor de la historia inmediata. Pero lejos aún está la victoria. Como en Italia, el contraste

permanece, durante mucho tiempo, muy marcado entre el apetito del público en general por este período y las reticencias de la Universidad para estudiarlo. Como lo señalamos más arriba, la enseñanza media se muestra más audaz al abrir, desde 1962, el programa del año del bachillerato a la Segunda guerra mundial y, a partir de 1969, el de último año de colegio, al estudio de la época posterior a 1945. En cambio, hace falta esperar 1978 para que un sitio oficial se reconozca para la historia inmediata gracias a la creación, en el seno del Centre National De La Recherche Scientifique (CNRS), de un laboratorio específico , l'Institut D'histoire du Temps Présent (IHTP), que toma el relevo del Comité d'histoire de la Seconde guerre mondiale. Sin embargo, en el seno de las universidades, el sitio ocupado por la historia más contemporánea iba a permanecer muy limitado, y nunca se habló de crear, como en Alemania, cátedras de historia del tiempo presente.

LOS METODOS DE LA HISTORIA INMEDIATA

Metodológicamente, la práctica de la historia inmediata responde a las mismas exigencias (recolección, crítica y cruce de las fuentes) que la de los períodos anteriores. Pero el recurso a nuevas fuentes -como los testimonios orales o los documentos audiovisuales-, la masificación de la información (relacionada en particular con la explosión de los medios de comunicación), y la progresión de la complejidad de las relaciones en el seno de las sociedades contemporáneas, conducen al historiador de lo inmediato, por un lado a practicar quizá más sistemáticamente que sus colegas el trabajo pluridisciplinario, y por otro, a utilizar mucho más las fuentes de los medios de comunicación. Por eso, en este breve artículo, nos declaramos en pro de privilegiar estas dos orientaciones, sabiendo no obstante que no son exclusivas en la caracterización metodológica de la historia del tiempo presente.

La aportación indispensable de la sociología, de la antropología y de la politología

Si resulta inútil recordar de nuevo aquí la contribución decisiva de las ciencias sociales a la asignatura histórica en general, gracias en particular a “l'Ecole des Annales”, parece acertado subrayar, mediante algunos ejemplos, su doble aportación a la práctica de la historia del tiempo presente.

Permiten, en primer lugar, que el historiador de lo inmediato se libere de la triple sujeción a la que se le suele someter: la del acontecimiento, de lo particular y de lo político. Sociología y antropología le incitan, por una parte, a incluir los acontecimientos y los episodios particulares de los que es testigo, en el seno de una realidad más compleja y más duradera: la sociedad; y, por otra parte, a incluir estos mismos acontecimientos y episodios aislados en un marco estructural subyacente que los relaciona con los siglos pasados. Este doble anclaje en lo que Fernand Braudel llama el “tiempo geográfico” y el “tiempo social” atenúa afortunadamente ciertos aspectos fragmentados y aislados de la historia inmediata. Tal estudio sobre la catástrofe de Tchernobyl va más allá del marco de una simple monografía si se le confiere una doble dimensión: dimensión sistémica , al buscarse en el acontecimiento un reflejo de las disfunciones del sistema

socio-político; y dimensión estructural al localizar en el pasado catástrofes con la misma resonancia.

Por lo demás, sociología, antropología y politología le proponen al historiador de lo inmediato un amplio abanico de instrumentos y de métodos que le permiten, a la par, corregir las insuficiencias de sus fuentes y explotarlas con mayor rigor. En el difícil- y fundamental - dominio de la fuente oral, por ejemplo, los sociólogos, los antropólogos y los psicólogos les aportaron mucho a los historiadores. Sus investigaciones en el terreno, su experiencia de los grupos sociales, su reflexión sobre los mecanismos de la memoria y las formas de implicación del investigador en el objeto de su estudio, permitieron forjar un método de entrevista que sirve de base a las investigaciones de los historiadores. Estos deben también a las ciencias sociales su aportación en lo tocante a técnicas de cuantificación. Cualquier investigación sobre el pasado reciente de tipo demográfico, económico o social, cualquier estudio de los partidos políticos y de las elecciones se valen de la mayor parte de los conceptos y del arsenal técnico de las ciencias sociales y económicas.

Ya fundamental lo que los historiadores tomaron de los métodos de las otras asignaturas del tiempo presente, debería, a nuestro parecer, desarrollarse aún más. Sin buscar una osmosis completa que le haría perder a la historia toda especificidad, parecería acertado inspirarse en las técnicas correlativas, sistémicas, incluso de modelización que ya practican desde hace mucho tiempo los sociólogos los geógrafos o los economistas.

Desde la época de Durkheim, y su estudio ejemplar sobre el suicidio, bien se sabe, por ejemplo, lo que puede aportar, en la caracterización de un fenómeno, una correlación sistemática entre diferentes elementos. El historiador, si define una problemática muy precisa, elige indicadores apropiados, y establece una jerarquía de medida muy sencilla que permite comparar los resultados, desemboca en tipologías muy significativas. La utilización de este método para intentar comprender los procesos de desatelerización de los países del Este-europeo en 1989 nos convenció de su interés .

Del mismo modo, la aplicación de la sistémica en el campo de la historia, en particular la historia del tiempo presente, merecería intensificarse. Limitado primero a las ciencias "duras"-como las matemáticas, la física, la cibernética y la biología- el método sistémico se extendió más recientemente a la antropología, a la etnología, a la sociología, a la politología y a la geografía. Su práctica, si se considera no como un fin sino como un medio de hacer emerger relaciones y problemas que no se percibirían de otro modo, se revela fecunda, en particular en el enfoque de los fenómenos de sociedad y de organización del poder político. La definición previa de un marco conceptual - de tipo sociedad oficial / sociedad civil - permite, por ejemplo, analizar de manera coherente las relaciones de fuerzas que existen en los regímenes totalitarios , establecer comparaciones en diversos períodos entre los regímenes, y establecer tipologías . Por supuesto no se trata más que de representaciones esquemáticas de una realidad histórica mucho más compleja, pero esta modelización permite hacer surgir conjuntos, convergencias y divergencias que no

aparecen, o muy mal si el investigador no se vale de estos métodos.

Una práctica intensiva pero alumbrada de los medios de comunicación

Que la fuente encontrada en los medios de comunicación- tanto en su forma escrita como en su forma audiovisual- sea una de las más usuales para el historiador del tiempo presente es una realidad. Una realidad, por lo demás, perfectamente confesable. ¿ Por qué debería el historiador de lo inmediato avergonzarse por recurrir a este tipo de documentación, que vale tanto como los manuscritos anónimos o apócrifos utilizados por los medievalistas ? Todo depende, en lo relativo a los medios de comunicación como al conjunto de los documentos históricos, de la calidad de la mirada crítica del historiador. Si éste es incompetente o nulo, la historia inmediata se limita- con mayor satisfacción de sus detractores- a no ser más que una mera revista de prensa, que “resume” las informaciones difundidas por los periódicos. Si, al contrario, el historiador se vale de su panoplia metodológica completa, es decir coincide con la fuente sacada del medio de comunicación con otras fuentes (sacadas de los medios de comunicación o no) , la somete a un análisis y a una crítica muy rigurosa, teniendo en cuenta las condiciones muy particulares de la elaboración del “producto” de los medios de comunicación, no existe ningún motivo aceptable para privarse de informaciones tan variadas y abundantes. Por esta razón, pero también por el papel que desempeñan en la confección de la opinión, los medios de comunicación despiertan gran interés. Su explotación, sin embargo, no resulta fácil. La abundancia de la prensa escrita y la especificidad de la “escritura” audiovisual exigen métodos particulares para los que el historiador está mal preparado. El análisis morfológico y cuantitativo de la prensa fue codificado hábilmente en Francia, desde los años sesenta, por Jacques Kayser . Desde entonces, la numerización continua de los periódicos, y la progresión de los ordenadores invitan a concebir una informatización del “método Kayser”, liberando al historiador de las obligaciones del cálculo, y permitiéndole análisis temáticos y lingüísticos tan profundizados como rápidos. A este respecto, llena de promesas se revela la elaboración, por un joven historiador de Toulouse, Guénaël Amieux, de un programa que utiliza el lenguaje *Visual Basic* y el motor de investigación de base de datos *JetSQL* de Microsoft de formato *Access*. Aplicado al estudio de las representaciones de los mercados de capitales en el diario francés *Le Monde*, entre 1987 y 1995, se reveló como un instrumento práctico, eficaz y performante .

El tratamiento de la fuente audiovisual lo facilitaron, en Francia, ciertas disposiciones jurídicas (ley del 20 de junio de 1992 acerca del “depósito legal” que hacía obligatorio para el conjunto de los medios de comunicación públicos y privados, la entrega de los archivos al Instituto Nacional del Audiovisual) y técnicas. Unos inventarios informatizados (IMAGO 2 para el período 1975- 1996; MIOR, revistas de 1947 a 1974; MIFA, actualidades cinematográficas de los años 1939-1969...) están a disposición de los investigadores, así como las estaciones de lectura audiovisual (SLAV) que les permiten leer cintas en un micro ordenador. El problema principal sigue siendo metodológico. Claro es que, los semiólogos y los historiadores del cine han creado técnicas de análisis de los documentos audiovisuales, pero los objetos de estas

disciplinas no son los de la historia. Además, los volúmenes tratados no son del mismo tipo, pues el historiador maneja una documentación masiva. Este debe pues inventar un método apropiado para extraer los caracteres dominantes (asociando sonido e imagen) de los temas que le interesan, y llegar a tipologías significativas. En el seno de nuestro equipo de investigación (*Groupe de Recherche en Histoire Immédiate* , G.R.H.I.), numerosos intentos se han realizado, relativos sea a telediarios , sea a documentales televisuales , sea a películas de ficción . Una primera síntesis sería necesaria para poner de manifiesto los logros y las insuficiencias de estas diversas experiencias metodológicas. El historiador de lo inmediato tiene el privilegio de trabajar en un terreno relativamente nuevo; pero sufre también las obligaciones que ello se derivan.

Jean-François Soulet